

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

HURACANES

NAPOLEÓN ALFARO

EDICIÓN 2020



LOS DEL
QUINTO PISO

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

El Texto incluido en esta edición fue escrito en 2020 en el Programa de formación en escritura dramática DIDASCALIA. Es propiedad intelectual de Napoleón Alfaro. Para montaje, representación o lectura pública comunicarse con el autor: odiseadelespacioenblanco@gmail.com

Napoleón Alfaro



Originario de San Salvador, El Salvador (1988). Inició en el teatro universitario de la Universidad de El Salvador en 2014, graduado del diplomado en actuación del Centro Nacional en Artes (CENAR) de El Salvador en 2017. En 2020 es parte de la primera promoción del espacio permanente en Dramaturgia: Didascalía, a cargo de Jorgelina Cerritos (Dramaturga) y el grupo teatral “Los del quinto piso”. En su experiencia teatral se ha desempeñado en actuación, técnico de luces y sonido, asistente de dirección y

dramaturgo.

Obras publicadas: “Huracanes” publicada en el tercer volumen de los Cuadernos de Dramaturgia Centroamericana. “Aquí hay gato encerrado” (Publicación digital en el portal LAB del centro cultural de España en El Salvador), “Big Flamingo” publicada y estrenada en 2023 en la ciudad de México en ciclo "Historias de motel para dramaturgias de paso" del Foro Shakespeare. Textos de micro teatro estrenados: "Reconstrucción anónima de un instante" y "Una mancha oscura lo cubre todo".

DRAMATURGIA
DIDASCALIA
Publicación DiGiTal

HURACANES

NAPOLEÓN ALFARO

DIDASCALIA
EDICIÓN 2020

A mis sobrinos.

*Si pudieras resumirlo en palabras,
no habría ninguna razón para pintar.*

Edward Hopper

Vivir no es otra cosa que arder en preguntas.

Antonin Artaud

PERSONAJES:

El escritor

Voces, muchas voces

*Lugar: Hermético, inquebrantable, situado a una gran altura en cualquier
ciudad.*

Tiempo: Nada favorable.

Inmensa oscuridad.

El sonido de las gotas de lluvia impactando con fuerza sobre vidrio.

El tecleo de una máquina de escribir.

*Una luz se va abriendo paso hasta descubrir una habitación en tonos claros,
un anciano y un día soleado.*

Las paredes, y todo en la habitación, tienen una extraña textura de fragilidad.

No más tecleo ni lluvia. El tecleo desaparece... para de llover.

Miranda: *(Entrando)*. Buenas tardes Don Diego, tengo que contar...

Diego: Mirandolina, no hoy, no por favor, solo un momento...

Miranda: Don Diego, pero es que alguien...

Diego: ¿Por qué un hombre a esta edad no puede tener momentos de privacidad, y dedicarse a leer sin que lo interrumpen? Es lo único que pido Mirandolina.

Miranda: Otra vez con eso Don Diego, entre más pasan los días más terco se pone, ya deje de lamerse las heridas, le tengo una buena noticia.

Diego: Buenas noticias, buenas noticias. A mi edad ya todo suena igual, todo se ve igual y todo sabe igual...

Miranda: *(Imitándolo)*. “*Se ve igual y todo sabe igual*”. Vaya, vaya, ya va con esas bayuncadas, ponga su mejor cara que hay visita.

Diego: ¿Ah? ¿Para mí?

Miranda: Así es. ¿Lo hago pasar?

Diego: ¿Quién es?

Miranda: Se llama Junio, Junio Pue...

Diego: ¿Puentes? ¿Junio Puentes? ¿Junito?

Miranda: ¿Lo conoce?

Diego: ¿Qué te ha dicho? ¿Cómo sabe que estoy aquí? ¿Qué le has dicho?
¿Cómo se ve?

Miranda: ¿Es pariente suyo?

Diego: Tengo miedo Miranda, no sé si pueda con esto, después de tanto tiempo...

Miranda: ¿Le digo que se retire?

Diego: ¡No! ¡Que pase! ¡Que pase! Tengo miedo Miranda, mucho miedo.

Miranda: Don Diego ¿está bien? ¿Qué siente? Que no le agarre una chenguereta aquí no más...

Por la puerta de la habitación entra Junio. Diego, incrédulo, se acerca a él, se ven fijamente pero no dicen ninguna palabra. Miranda, luego de un instante se acerca a Diego, lo observa y sale.

Diego: Cómo has crecido, pero tu mirada... tu mirada sigue igual, tu cara, y hasta te has dejado el bigote, y ¿qué es eso? ¿Qué te ha pasado ahí? ¿Te estás cuidando? ¿Has comido bien? Ya sabés, me pongo así. (*Silencio*). ¿Qué has hecho de tu vida? ¿Estás bien? ¿Ahora tan callado? ¡Vamos hombre!... todo este tiempo. (*Suspira*). ¿Puedo abrazarte? (*Silencio*). No te sintás presionado... después de todos estos años... y yo aquí, no quiero que te sintás incómodo, pero estuve... todos estos años, queriendo... esperando que... no he dejado de pensar que... Tu mirada sigue siendo la misma, simplemente no puedo creerlo, tengo tantas preguntas, muchas, sabes, muchas... pero, me hace feliz, no pensé que pudiera sentirme así, me hace muy feliz, estás aquí, después de todos estos años vienen a mi cabeza muchas preguntas, quiero saberlo todo, lo digo en serio, ya sabés que me pongo muy hablador cuando me emociono, pero contame, contame sobre vos, quiero escucharlo todo, ¿sí?... ¿Estás bien? ¿Cómo llegaste?... todo a su tiempo, pero hombre, es que no puedo creerlo Junio, Junito... vamos, decime algo, lo que sea. (*Pausa*). Sí, en esto me he convertido, ya soy un viejo, y pues este lugar no está tan mal, es cálido y Miranda, la chica, la enfermera, es buena compañera, muy conversadora para mi gusto, pero es una buena chica, me cuida y tolera todos mis caprichos. Mirá, estoy leyendo esto, me falla un poco la vista,

pero es lo único que me queda, y... tomá, te lo regalo, es muy bueno, sin pena, vamos tomalo es... ¿Junio?

¿Junio?

¿Junio?

¿Junio?

Suena un teléfono.

La oscuridad se abre paso en la habitación, se alcanzan a ver únicamente un par de manos inmóviles sobre una máquina de escribir, la mano izquierda tiene una venda. La lluvia, en realidad, no ha cesado.

Suena el teléfono.

Al otro lado de la habitación hay un teléfono de rueda con una máquina contestadora.

El teléfono suena una tercera vez, finalmente calla.

La silueta de El escritor se deja entrever en la habitación levemente iluminada. Espera un momento, se levanta, se dirige al teléfono, se queda un momento frente a él, se sienta en el piso y lo observa.

Silencio.

El teléfono vuelve a sonar, en la penumbra El escritor se levanta de golpe, espera. El teléfono suena una vez más. Él se aleja, se detiene, regresa y vuelve a alejarse mientras el teléfono suena una última vez. Se escucha un pequeño sonido de la máquina contestadora.

Tras un momento se dirige a la máquina, se escucha el mensaje.

Voz de un hombre con aroma a primavera.

Tu madre ha vuelto a llamar preguntando por vos, me dijo que tenías mucho tiempo sin contestar, hace un momento intenté llamarte, pero creo que estabas recibiendo otra llamada; espero haya sido ella, no sabe nada de vos, ni si ya dejaste el edificio, por la alerta. Necesita comunicarse con vos urgentemente, nos dimos...

se dio cuenta que lo habían evacuado, contestale a ella. (Se aclara la garganta). Al menos contestale a tu mamá, debe estar muy preocupada para llamarme a mí... pero yo no tengo idea, si no la hubiera notado tan preocupada no estaría... siempre ella... sospechaba, y claro, no lo sé, nunca le dijiste nada, pero creo que... habla con ella pronto. (Silencio). Cuídate.

Aún en penumbra, El escritor regresa a la máquina de escribir, se sienta y comienza a desvendarse la mano izquierda, descubre una herida, pasa un rato observándola y vuelve a vendarse ajustándola más a la mano. Saca la hoja de la máquina de escribir y coloca una nueva, al cabo de un rato escribe:

“Todos se quieren liberar”.

Un fuerte estruendo por la lluvia golpea la ventana sacándole de su estado taciturno, la tormenta afuera azota.

Una de las maderas que sellan las ventanas se cae, la fuerza de la lluvia y el viento impacta contra la ventana de vidrio. El escritor se acerca a repararla con un martillo y clavos, al hacerlo se golpea con el martillo un dedo de la mano izquierda, se lamenta sin hacer mucho ruido y balbuceando sonidos, comienza a chuparse el dedo hasta que se sienta nuevamente en la máquina, toma la hoja en la que había escrito, estrujándola la tira al piso, esta cae sobre muchas otras hojas sueltas y otras hechas puño. Coloca una nueva hoja en blanco, con dificultad escribe, se levanta, toma de una gaveta cercana un casete y lo coloca en una radio grabadora, reproduce y suena algo de Johann Sebastián Bach. Ajusta el carrillo de la máquina de escribir y retoma la escritura: de la oscuridad emerge un ventanal con un vidrio que no permite ver hacia adentro, también aparece una cornisa grande. Parado al borde, Diego, jugando con su equilibrio. La música suena.

Diego: ¿Alguna vez has estado frente a la nada?... (*Suspira*). Es una pena no estar hasta que nazcan... ya no puedo esperar. (*Pausa larga, observa hacia abajo de la cornisa*). ¿Es broma? ¿Es una estúpida broma de mal gusto? ¡No! ¡Justo ahora no!... ¿Ves? ¿Acaso lo ves? ¿Estás viendo lo mismo que yo?... ¿Lucy? ¿Ves? ¡Mierda!, Lucy... planeado tanto este momento, justo, precisamente justo el día que subo hasta acá, que finalmente decido... sobre esta calle, la dichosa calle que me ha visto cruzarla tantas veces, una y otra vez, bajo sol, lluvia, luna, sí esta calle. Nauseabundo, roto, desnudo, iluso o resignado, una y otra vez, la calle que he decidido que sea “*la calle*” solitaria (*pausa*), y posiblemente también harta de todos...

La música va desapareciendo.

Dos niños desde la calle.

Niño: ¡No!, soltalo, soltalo.

Diego: (*Sin que los niños puedan escucharlo*). ¡Qué escándalo! ¡Qué locura! (*Pausa*). ¿Qué clase de familia tendrán? Por eso terminan disparándole a otros niños. O seguramente tirándose de la azotea de un edificio un sábado a las 3:18 pm, tres meses antes de navidad... ¡Que se vayan! ¡Fuera! Esto va a quedar esculpido en sus memorias durante años y terminarán asistiendo al psicólogo dos veces por semana, con suerte. (*Silencio*). Todo el dinero que se podrían ahorrar de no estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. ¡Es sábado por la tarde! ¡Vayan al parque! ¡Señores y señoras lleven a sus hijos al parque un sábado por la tarde! Precisamente a las 3:20 pm, puede ser antes, quizás a las 2:00 aunque terminen saliendo de casa a las 3:00 en punto, y asegúrense de regresar pasadas las seis de la tarde por todo aquello...

El escritor frente a la máquina de escribir retrocede nuevamente el carrillo y reescribe. Diego desde la cornisa dice palabras que no se escuchan mientras el escritor escribe:

“... por todo eso de que venga la ambulancia, la Policía y el alboroto de todo el mundo que se empeña en ver qué es lo que ha ocurrido, a todo el mundo le importa la vida de un hombre solo cuando esta se acaba”.

Los niños, interrumpiendo desde la calle.

Niño: ¡Dejalo ir! ¡Dejalo!

Suena el teléfono.

Desde la cornisa, Diego imita a los niños con burla.

Diego: Debería lanzarme y ya, no sé porque lo pienso tanto, tal vez al verme desplomado y desperdigado por el suelo ese mocoso se forma de carácter. Además, Lucy ¿qué tiene de malo la muerte?, los niños están acostumbrados a ella, lo ven por la televisión, el cine, seguramente se cuentan cosas en los recreos y los libros están llenos de muerte, la Biblia lo está, así que seguramente mañana en la iglesia ese niño se reunirá con sus amiguitos, que son monaguillos todos, para decirle lo que vio el día de ayer y de cómo las personas alrededor se escandalizaban y se horrorizaban al ver a un hombre con los sesos de fuera. Solo prométeme algo Lucy, aunque dudo que lo cumplas, por lo que más quieras... no vayas a comerte los restos de mi cerebro.

Suena el teléfono.

Niño: *(Jugando con otro).* Era broma, era broma *(ríe)*, no lo dije en serio, es verdad... lo juro.

Niño 2: Sos un mentiroso, por eso nadie te quiere en la escuela, mentiroso.

Suena el teléfono.

Niño: *(Corre tras Niño 2).* Callate, Callate.

La contestadora se activa, la música continúa.

Una fuerte corriente de aire retumba tras las ventanas selladas, El escritor deja de escribir. Mientras suena el mensaje de voz se levanta y se dirige a un pequeño mueble de la habitación del cual extrae una botella de vino, una copa y un destapa corcho. Durante el mensaje, poco a poco, se ve con mayor claridad al Escritor.

Voz de una mujer con aroma a medicamento.

¿Aló? ¿Estás ahí? ¿Serías tan amable de responder a mis llamadas? (Se escucha a la voz suspirar, dirigiéndose a alguien con ella). Alcanzame el frasco. (Se escucha en el mensaje cómo ella destapa el frasco, simultáneamente El escritor intenta abrir la botella con el destapador, pero no lo consigue. Ella, por un momento, habla con la boca llena). Tengo jaguega poor la pleocupación (traga), de no saber (ella sorbe un vaso de agua), ¿dónde te has metido? Llamé a ese chico... (Silencio). (El escritor se hiere levemente la mano derecha con el destapa corcho, se chupa el dedo, la mujer se aclara la garganta). ¿Cómo era su nombre?... era... tu pasante y pensé que... Como no sabe nada de vos, también llamé a tu hermano, supongo que te ha llamado...

Niño 2 corre tras Niño, el mensaje continúa.

Niño 2: ¡Sos un mentiroso!

Sin sacar el dedo de su boca, El escritor sirve vino en una copa, se detiene un momento y comienza a beber de la botella, remoja su dedo en la copa.

...y Vale estuvo llamándome, pensé que por Luisito... (El escritor bebe de un solo sorbo la copa. Un estruendo en las ventanas, el viento resopla arremolinado, se escucha afuera una contundente lluvia). Acaban de encontrar otros muertos en las noticias, lo está devastando todo. ¿Cómo estás con Vale? Te he hablado de eso antes, pensé que ustedes habían solucionado las cosas... el número de muertos es... (El escritor suelta la botella y la coloca sobre el mueble). Va aumentando... cada vez el número de muertos es mayor, sabes las cosas que se me pasan por la cabeza. Pasame el otro frasco. (Se escucha sorber del vaso del agua y al mismo tiempo el hombre da un trago a la botella). Eso dicen en las noticias, hijo, comunícate pronto. (Silencio). Vení a la casa, aquí vas a estar seguro, vení a la casa, vas a estar seguro.

Se acerca a la máquina de escribir, de la misma gaveta extrae un casete diferente que contempla por un momento, se dirige a la radio grabadora, detiene el anterior, lo saca e introduce el nuevo, rebobina. Tiene la mirada perdida. Finalmente decide reproducir la cinta.

Voz de un hombre con un puño de fuego en la garganta.

Voy a romperle la cara a mano limpia hasta que... (El escritor retrocede el casete, la voz del mensaje sollozando).

En la cafetería de la zona norte. ¿Por qué hasta aquí? Tenía muchas, tiradas por toda la habitación... (*El escritor sigue retrocediendo*). Como entenderá estoy agotando las posibilidades... (*El escritor adelanta la cinta del casete*). Usted lo conoce mejor que nadie.

Detiene la reproducción. Sin reparar en nada más, se chupa el dedo que sangra. Un momento después, levanta esa misma mano y juega con ella como si esta teclara en el aire. Se escucha el sonido de la máquina de escribir mientras la oscuridad le rodea. Del centro emerge una habitación con tonos pálidos y una mujer que camina de un lado a otro, se come las uñas y habla.

Ella: No me está escuchando, no... no, usted no me está escuchando, algo está pasando, aquí, algo muy raro... Escúcheme, deje que hable, tengo todo el puto derecho a hablar, por la grandísi... Sí, esa misma... usted no me está escuchando. (*Tocan la puerta, se sobresalta*). ¡Maldita sea! (*Ya no se escucha ni la máquina ni la lluvia*).

Policía: (*Entrando*). Señora, no es nada fácil, lo entendemos, me preguntaba si usted se ha tomado su medica... (*observándola*), es necesario que se lo tome, ha estado mucho tiempo sin dormir.

Ella, en silencio, apenas presta atención.

Policía: No es nada fácil, lo entendemos, pero debemos cuidar de usted y usted debe colaborar. (*Intenta tomar la mano de ella*).

Ella: ¿Qué tratás de hacer?

Policía: Solo quiero ayudarla no piens...

Ella: ¿Qué creés que estoy pensando?

Policía: Disculpe señora, solo queremos cuidarl...

Ella: ¿Usted cree que no sé reconocer a un hombre cuando hace eso? (Se acomoda la blusa y se baja la falda). Descarado, no me sorprende...

Policía: Señora, por favor, sient...

Ella: No me digás qué tengo que hacer, ¿qué saben? Llevo cuatro días como loca y no he parado, necesito respuestas, son unos buenos para nada, me voy a volver loca...

Policía: Cálmese, no hemos encontrado ningún cuerpo con esas características, por lo cual descartamos que...

Ella: ¡Ni lo digás! ¿Alguna pista? ¿Nadie que lo haya visto?

Policía: Estamos descartando que se trate de un secuestro extorsivo, pero debemos seguir pendiente...

Ella: Es un chico bueno, no se mete con nadie... en la escuela... pero nunca, él no le hace daño a nadie, a nadie.

Policía: ¿Era un chico problemático en la escuela?... No me vea así, necesitamos saber más, estuvimos investigando con maestros y compa...

Ella: ¡Es un niño! Esa puta escuela no sabe nada, no sabe lidiar con los chicos... ¿Por qué hacés esa cara? ¿Pensás que porque me dedico a lo que me dedico no puedo usar la palabra puta, como a mí putas se me antoje?

Policía: No la estoy juzgando, cálmese, solo necesitamos que usted...

Ella: ¡Podés parar de decir esa mierda! Pensá que podría ser tu hijo, un pequeño indefenso ante un mundo de bestias. Conozco bien a los hombres, los conozco muy bien y sé que son capaces de lo peor... yo no tengo problemas con nadie, ni con los clientes, ni con las compañeras, ni con las otras chicas ¿Por qué alguien sería capaz...?

Suena el teléfono.

Policía: Permitame. (*Contesta*). Sí, aquí se encuentra la señora Puentes...
Claro.

Señora Puentes: ¿Qué pasa? Decime... (*A sí misma*). ¿Acaso es necesario todo este sufrimiento?

Policía: Bien... sí yo... Sí, claro. Gracias. (*Cuelga*). ¿Usted sabía que su hijo estuvo las últimas semanas visitando con frecuencia la zona Norte? Al parecer se reunía con otros chicos para causar problemas.

Señora Puentes: ¿Zona Norte? ¿Qué mierda? ¿Qué tenía que estar haciendo mi hijo ahí?

Policía: Algunos vecinos de la zona dicen que un niño con las características de su hijo estuvo frecuentando esa zona y luego entraba a un edificio...

Al fondo aparecen el Niño y el Niño 2. Todas sus acciones transcurren con sonidos imperceptibles, el Niño corre y tras él, Niño 2. Comienzan una riña de golpes, Niño 2 se abalanza sobre el Niño, lo tumba al piso y lo golpea, hasta que algo desde arriba le impacta en la cabeza, este se vuelve, busca de donde vino el golpe, saca el dedo y comienza a maldecir hacia alguna parte hacia arriba, observa y sale corriendo, con dificultad el Niño se levanta.

Suena el teléfono.

Policía: ¿Conoce usted a los amigos de su hijo?

Señora Puentes: Él no tiene amigos. (*Silencio*). ¿Qué estás esperando para contestar?

Suena el teléfono.

Señora Puentes: ¡Contestá, por el amor de Dios! ¡Contestá, que me voy a volver loca!

Policía: Señora... Yo, yo no escucho nada.

La Señora Puentes se acerca precipitadamente al Policía y lo cachetea.

Señora Puentes: ¡No estoy loca!... Él no tenía amigos.

La Señora Puentes lanza un grito silencioso, ella y el Policía se alejan flotantes difuminándose como sombras en la oscuridad. Aparecen la cornisa y la ventana en dónde se encuentra Diego, abajo sigue el Niño, termina de sacudirse.

Niño: (Sorprendido, grita). ¡¿Qué hace?!... ¿Qué hacés allá arriba?

Diego: (Hacia el niño). ¿Ah?

Niño: ¿QUÉ HACÉS PARADO ALLÁ ARRIBA?

Diego: Ah... pues... Aquí, tendiendo ropa.

Niño: Ah, ¡mentiroso!

Diego: ¿Qué?

Niño: ¿Dónde está la ropa?

Diego: (Luego de un breve silencio). Ya la tendí.

Niño: ¿Puedo subir?

Diego: Estemm... No, claro que no. ¿Ves lo que me gano, Lucy? Todo por andar siguiendo tus consejos.

Niño: ¿Por qué?

Diego: ¿Cómo te llamás?

Niño: Junio... Junio Puentes.

Diego: Julio... No deberías estar hablando con...

Julio: ¡JUNIO! ¿Cuánto tiempo llevás ahí?

Diego: (Hacia la ciudad) ... El tiempo suficiente. (Suspira).

Junio: Voy a subir.

Diego: Preguntale a tu madre.

Niño: (Incómodo, ve a su alrededor). No creo que me diga nada.

Diego: ¿Por qué...? (*El niño no responde. Silencio*). ¿Cuántos años tenés?

Niño: ¿Dónde está la ropa?... ¿Por qué mienten?

Diego: Ah... Bue... quizás, bueno, yo creo, tal vez sea... (*Pausa*). Para...
hay cosas que no son tan... oye, ¿tu nombre?

Niño: Junio Armando Puentes, ¡YA SE LO HABÍA DICHO!

Diego: Tenés razón, sí ya... yo, a veces me distraigo, Álvaro.

Álvaro: ¡NO, ÁLVARO! ¡JUNIO! ¡JUNIO ARMANDO PUENTES!

Diego: Disculpame Junio... (*Susurrando*). Junio, Junio, Junio.

Junio: ¿Puedo subir ya?

Diego: No, no podés, este no es lugar para niños, vete a tu casa, vete.

Junio: (*Haciendo caso omiso*). ¿Está jugando a las escondidas?

Suena el teléfono.

Junio: ¿Por qué se queda callado?

Suena el teléfono.

Junio: ¿Por qué no contesta?

Suena el teléfono.

Junio: ¡Maldita sea, responde!

El sonido deformado y expandido del teléfono inunda todo el espacio. El escritor se dirige, como atraído por un imán, hacia la llamada; con la tentación de contestar, espera. Pone la mano vendada sobre el auricular, afuera el viento sopla de manera violenta sin parar. El escritor levanta el teléfono, se escucha magnificado el sonido que proviene de este y se escucha que la llamada se ha colgado. El escritor cuelga. Con mayor fuerza la lluvia, él, inmóvil. Levanta una vez más el auricular hasta su cara, con la

otra mano tapa una oreja haciendo el esfuerzo de escuchar algo, algún sonido, pero no hay llamada, cuelga. Revisa desesperadamente si hay algún mensaje en la contestadora y al no encontrar nada nuevo se aleja. Se sienta en la máquina de escribir, tecleando solo símbolos sin sentido sobre la hoja de papel, se detiene, dirige su mirada a las ventanas. Violentamente arranca la hoja de la máquina de escribir y se hace un corte con el papel, lo observa, prueba el sabor de su sangre y se limpia con la hoja que acaba de sacar, coloca una nueva hoja, coloca las manos sobre la máquina sin conseguir escribir nada. Repentinamente se levanta y sintoniza algo en la radio grabadora, parece estar sin señal hasta dar con una emisora en la cual suena una canción clásica de piano. El escritor sube el volumen y se sienta frente a la máquina de escribir, espera, se muerde las uñas, limpia cuidadosa pero ligeramente la máquina de escribir, la música se escucha tan fuerte como la tormenta afuera, incluso más fuerte, Un impacto proveniente de algún lugar cercano lo hace sobresaltarse, respira, pone las manos sobre la máquina, comienza a teclear sin sentido, se deja contagiar del ritmo de la música y poco a poco comienza a jugar con la máquina de escribir como si se tratase de un piano, moviendo el rodillo cada vez que es necesario. La música suena y él sigue jugando a tocar el piano en la máquina. Recuerda a la clásica escena de Jerry Lewis y “La máquina de escribir” interpretando “The Typewriter” de Leroy Anderson. Llega al éxtasis, todo el cuerpo involucrado, la habitación durante este momento tiene una iluminación cálida, distinta. El escritor saca la hoja, coloca una nueva y comienza a escribir. Se asoma Diego a la cornisa, la señal de la emisora se pierde, suena el teléfono, El escritor golpea furiosamente la mesa, se dirige a ella y violentamente apaga la radio grabadora. Diego entra al ventanal y va desapareciendo. El teléfono continúa sonando hasta que la llamada del contestador se escucha.

Voz de un hombre con aroma a primavera.

¿Estás ahí? Han despejado la zona, al parecer esto va a durar más de lo que habían dicho, he intentado comunicarme con tu hermano, tu madre sigue desesperada, yo... no sé qué decirle, quiere que hable con todo el mundo, pero yo no debería, nosotros nunca... ¿puedo saber qué fue lo que pasó?... No sé si todavía continuas ahí, estuve llamando al edificio, no hay nadie. ¿Hay alguna manera que podamos contactarte? ¿A dónde te estás refugiando? ¿Debería mantener la esperanza de algún día recibir una respuesta? O simplemente, como decías, continuar con la vida. Sé que debes estar molesto, enojado conmigo, pero... ¿Alguna vez te preguntaste cómo me sentía yo? ¿Alguna vez se te pasó por la cabeza? Me sentaba ahí frente a vos, y parecías siempre tener la razón, incluso pienso que solo eras condescendiente conmigo y que siempre que estábamos juntos solo estaba ahí para que lograras escuchar tu propia voz, porque no soportas estar con nadie, ni siquiera con vos, que daba lo mismo que fuera yo o fuera alguien más, que no tardaría ser alguien más, que seguramente sería alguien más después de un tiempo... y cuando decías que necesitabas que te leyera lo que escribía... ¡no quería hacer una maldita publicación! ¡No me interesaba hacerlo! Siempre estuviste buscando algo en mí que no era lo que podía ofrecerte... tenía que ser alguien más, tarde o temprano iba a ser alguien más, he intentado... no quiero ser alguien más. (*Silencio*). ¡Tu maldita cabeza llena de pájaros! ¡Andate al diablo vos con todos tus fantasmas!

Lluvia.

El escritor se acerca a la máquina de escribir, cambia la hoja por una nueva, escribe:

“Llamamos locura a lo que no podemos explicar”.

Diego va vestido elegantemente, pero con pantuflas, media pijama o algo que desentone con el resto de su vestimenta, como un disfraz a medio usar o restándole importancia a su atuendo. Lleva consigo una taza de porcelana y de vez en cuando bebe de ella mientras se desplaza por una calle entre la multitud sin rostro.

Diego: Miralos, observa con cuidado cada movimiento que hacen, levantándose cada día y corriendo a todos lados, llegando tarde a los lugares que no quieren llegar y haciendo las cosas que de alguna manera han aprendido a hacer porque les han enseñado que han nacido para eso. ¿Curioso no? Mirá sus vidas, ¿tendrán alguna noción que alguien les observa como ratas de laboratorio?... *(Se detiene y de una parte de su saco extrae una petaca para llenar la taza que carga)*. Esto no parece nunca ser suficiente. ¿En qué estaba? Sí claro, vistos desde aquí, en sus pequeñas oficinas repitiendo sin parar lo mismo durante todo el día, durante toda la semana, durante toda la vida. *(Se detiene, contempla hacia arriba)*. ¡Imponentes! Tan solo observalos. ¡Perfección! Por lo único que vale la vida del hombre es por la creación, nacimos para construir, levantamos pirámides, puentes y edificios, transformamos el espacio, invadimos las cavernas y un día decidimos salir para erigir fortalezas, construimos la torre de babel, la más alta de todas y nos castigaron por ello, al poder no le gusta ser desafiado. Manejamos la materia, calculamos las fuerzas para llevarlas a cero, conocemos la carga máxima que una viga puede mantener

y luego (*suenan el teléfono*)... ¿Y luego? (*Observa a su alrededor*). ¿De qué estaba hablando? (*Canta y baila como si nadie lo observa*). ¿Y aquí dónde estamos? Seguramente doblé en la esquina equivocada. (*Bebe, suenan el teléfono*). Cuánto sentido tiene todo cuando ya nada tiene sentido. (*Suenan el teléfono. Diego canta y baila*). Estaba seguro que sabía para dónde iba.

Suena desde el teléfono la voz del hombre con olor a primavera mientras Diego continúa bailando y tarareando.

Voz de un hombre con aroma a primavera.

¿Estás ahí? Tu madre ha llamado a la Policía, no la han querido atender, dicen que por el estado de emergencia es imposible que puedan hacer algo en estos momentos, cómo que si no viviéramos siempre en emergencia... estaba muy alterada... yo no quería decirte lo que te dije antes y... hice todo lo posible por comprender... no quiero que nada te pase, deseo que estés seguro y aunque jamás vuelvas a contestar mis llamadas, hay algo importante que tengo que decirte, porque temo no volver a verte jamás, es que dónde quiera que estés, no hay nada que me haría más feliz que volverte a escuchar. (*Diego, desde la calle, y el escritor, desde la máquina de escribir, se detienen*). Después de todo tengo la sensación de que siempre falta algo por decir. (*El escritor se levanta. El huracán retumba afuera*). Releo tus cartas y poemas, las palabras tienen otro sentido para mí ahora. (*Silencio. Diego canta más fuerte. El escritor se levanta y se acerca al teléfono, está apunto de levantar la bocina*). Dónde quiera que estés, solamente quiero que estés bien y que podás leerme una vez más para escuc...

La llamada se corta repentinamente. Diego bota la taza, esta se quiebra en mil pedazos, Diego desaparece y el ruido de los trozos quebrándose se va confundiendo con el ruido de afuera. El escritor levanta la bocina, pero no se escucha nada, revisa el cable del teléfono, descuelga y cuelga la bocina. Suena el teléfono, el escritor levanta rápidamente la bocina.

Voz sin aroma.

Vivimos en un mundo que puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos. (Se escucha tras las ventanas el viento golpeando, la lluvia aún más fuerte). No sabemos lo que pueda pasar mañana, la incertidumbre es inevitable, hay cosas que no podemos prevenir, aun así, no podemos evadirnos, la vida continúa. Estamos aquí para apoyarte y cuidar de tus seres amados, por eso con seguros “El Ancla” se pre...

El escritor cuelga la llamada. El silencio inunda la habitación. Una gran oscuridad lo envuelve. El escritor camina con dificultad hasta la máquina de escribir. Él y la máquina parecen ser lo único que hay en la inmensidad de la nada. Se frota las manos por la cara, acaricia brevemente la venda en su mano, cambia una hoja nueva y escribe:

“La parte más difícil”.

Diego en la cornisa frente al ventanal.

Diego: Esperamos toda la vida la hora indicada... ¿Qué hora será, Lucy? ¿No es algo tarde ya? ¿Puede que hoy no venga? ¿Estará aburrido? ¿Ya falta poco, no? Pronto tendrás a tus pichones, he pensado algunos nombres, no sé si te interesan, escucha: Moe, Larry y Joe. ¿Te parecen? ¿No? ¡Son lo mejor! Lo que nos mata

es la espera. (*Silencio*). ¿Sería más fácil nunca esperar nada? ¿Me estoy adelantando mucho imaginando cómo serán tus pichones cuando rompan el cascarón? ¿Qué se siente Lucy, saber que un día van a saltar del nido?

Junio sale del ventanal y lleva una bolsa llena. En esta parte, Diego y Junio combinan palabras en español con palabras que podrían estar en otro idioma totalmente desconocido para la humanidad.

Diego: (*Sonríe, hace un gesto*). #==”#”##””.

Junio: #==”#”##””.

Ambos se sientan en la cornisa, Diego señala a Lucy y Junio le hace una señal a Diego, acerca de que él cree que Diego está loco, Diego sonríe.

Diego: “#=)\$=(“=#=\$=!“(/#)=)#=__=#”=)(=“=#=(“=\$/=.

Junio: (*Sacando varios juguetes de la bolsa, reparte los juguetes entre él y Diego*). “”#\$\$%==)(#)(/()#)(/#”)(/#())/(#”=)(=)“(=).

Al finalizar de repartir los juguetes entre ambos, de algún bolsillo saca un juguete y se lo entrega a Diego directamente en las manos, Diego lo contempla y no lo suelta nunca, juegan.

Diego: ``)(/()/)/(/(/()!)”)((/#(/)=)#(=)!”)=(=)#”=)=)”#=(=)(=#”=”#=”#”=)”)#)=(“=(#=#)”(=#)”#=”(#=”)=)”#.

Junio: Aaaah, “#”=(“#=()=#(=)”(#=)”(=#)”=#)\$(#”=)(#)=”)=(#”=)??) #” =) (=).

Diego: =(=)”#(=)(“=#(=)”(#=”(=#)”) =(=)(=#\$”=#(=)”(=#)/)()/())? ==#””#()()\$”)#”)().

Junio: (*Desplazándose en la cornisa por su lado*).

=)()=#”(=#)(#”=)(=)”#(=)”#)=(“)=(#=”). (*Suelta un juguete que lleva en su mano al vacío, se ven entre sí y ríen*).

Diego: #\$(())(“(##”)\$))#”=.

Junio:

Diego: #”””!”\$”!U#”#”(& / ” # (“ # (/ / ” # & / .

Junio sigue jugando por la cornisa, se acerca a Diego y lo jala de una manga de la camisa, Diego se mantiene sentado.

Junio: (=)()=”#=(“=#)=)(=#”)(/)(i”)/!”/)(i”)\$”#)()#/\$()”#”)# / #”).

Diego: No, no quiero levantarme, estoy bien aquí.

Junio: =!”==#\$=”#”#”#=(“# / /))=#”)=(#”=#”#”. (Tararea alguna canción, siempre en este idioma desconocido).

=#”#=#”(=#\$#)(\$/)(“# / /)”#(/)(/”# /)”# /)(“#(“ /)(#”#(“=(.

Junio lanza otro juguete al vacío, ríe.

Diego: =(“=#\$(=)”#”#)=(=)”#(=)”#(=)” (=) =) & (/ # ”) / ()(# /)(“ /) (/ \$ = ” #) (# ” = # ” = .

Junio: =#)(“# /)(/ ” #) (/ ()) (=) () \$ = ”) = # ” = ! ”) = ! ”) = # (“ =) \$ ” ” # / / ” #) ” # (“ #) () .

Diego: (“# =) ” #) = ” #) = ! ” (=) ! =) = ! (“ # (/) (/ () ” #) (“ # .

Junio: #”!(#”.

Diego: ”# =) # =) ” = # ”) = (# ” = (# ” =) (# ”) = (# ” = ” (# =) ” (# =) ” =) # ” =) (# ” =) (# ” = ” (# =) ” (=) # ” = # (“ =) (# =) ” =) # (# =) ” (# =) # =) (“ = (# =) ” (“ # (.

Junio: #”)#(“# .

Diego: =”# =) ” # =) ” (=) = () = ! ” #) / (/ () / ” #) (\$) (“ # /) (“ # () / ” () / # () ” / () / ” #) (/ () ” / \$) (“ /) (\$ # / ”) (.

Junio, sin mucho ánimo, se acerca a Diego. Se sientan y observan la ciudad. Diego señala al horizonte. Mientras Diego habla, Junio irá dirigiendo su mirada hacia él.

Diego: Eso no va a funcionar, debe ser una moneda, el hecho que sea una moneda es porque...

Suena el teléfono. Diego se levanta rápidamente y ve el horizonte, Junio intenta una vez más, y otra vez más, el teléfono suena, Junio sigue intentando realizar el truco de sacar el botón de la oreja.

Diego: *(Guarda el juguete que Junio le había dado y continúa buscando en sus bolsillos). ¡Vamos Junio! ¡Dejá de intentarlo! Debe ser una moneda, no puede ser otra cosa.*

Junio: *(Intentando desesperadamente conseguir hacer el truco).*

=#\$(=#\$=#\$(=)(=#\$(“#”.

Suena el teléfono.

Diego: ¡Basta!

Junio no se detiene.

Diego: ¡Te estoy diciendo que te detengás! No va a funcionar de esa manera ¿Por qué no lo entendés? *(Suena el teléfono).* ¡Basta!

Junio:

Diego: Ya debés dejarte de tonterías, eso no funciona, si querés hacer algo en tu vida, escuchame.

Junio le ignora y toma los juguetes, juega por su cuenta.

Diego: ¡Mirame Junio! ¡Mirame!

Suena el teléfono continuamente.

Diego: ¡Basta! Mirame, no podemos evadirnos. *(Pausa)*. Lo que quiero decir, Junio, es... ¡Mirame! ¡No hay tiempo que perder! Cuando menos te des cuenta estarás así, tengo que decírtelo en algún momento, dejá de pensar estupideces y dejá de evadirte, terminarás convirtiéndote en uno de ellos. ¡Miralos! ¡Miralos! ¿Acaso querés eso para vos? terminarás convirtiéndote en... Somos unos monstruos Junio, eso somos y más vale que dejés de evitarlo. Aquí, sí, aquí todos, tarde o temprano, terminamos siendo unos monstruos. *(Diego desesperado se abalanza sobre Junio y le toma con ambas manos la cara para que lo vea)*. Aquí, tarde o temprano te vas a convertir en uno. *(Junio grita, forcejea para zafarse de las manos de Diego)*. Solo quiero evitarte la decepción, evitar que te des cuenta tarde de eso y que todo pierda sentido, por más que duela no podemos evadir convertirnos en eso.

Junio llora y con todas las fuerzas logra liberarse de las manos de Diego, entra rápidamente por el ventanal, huyendo. Diego trata de detenerlo sin conseguirlo, Junio corre por un infinito salón vacío hasta perderse en la oscuridad.

Diego: *(Aún desde la ventana)*. ¡Junio! ¡Lo estoy haciendo por vos! ¡Quiero evitarte el dolor!

Diego, al ver desaparecer a Junio, se lleva las manos a la cara. El sonido del teléfono se ha fundido con el ruido de la calle, miles de voces deformadas, tráfico pesado, automóviles, todo se vuelve un confuso ruido sumándose al rugir del huracán inminente. El escritor está parado en medio del apartamento sin movimiento alguno. Sonidos fuertes y graves vienen y van desde fuera, velas distribuidas por el apartamento tiritan, comienza a caminar lento, como hipnotizado, como sonámbulo camina hasta la radio

grabadora y retrocede la cinta hasta el inicio. De pronto un impecable silencio. Se escucha cómo su dedo presiona el botón de la radio grabadora. La cinta se reproduce.

Voz de un hombre con un puño de fuego en la garganta.

Soy yo de nuevo, el padre de Leo. La última vez que hablamos, señor, usted se mostró muy esquivo y podrá entender que luego de haber encontrado... La Policía no hace nada, nunca hace nada, esto no es normal, le digo, no es normal, y yo, yo... comprenderá, no puede ser, alguien desaparecer así, de la nada, que alguien se vaya y no diga ni pío, las personas, jamás Leo me había dado motivos, desde pequeño siempre fue un chico muy independiente, aventurero, pero, jamás había hecho nada parecido, nunca tuve ningún inconveniente, sabe, ni en la adolescencia, no era el típico chico que de la nada se pierde un fin de semana, nunca nos ha ocultado nada, él parecía estar tan bien, tan lleno, le... Han pasado dos semanas y no se absolutamente nada, lo último que supe, le ruego, le ruego por favor que conteste mi llamada, que nos sentemos y tal vez, tal vez usted pueda contestarme algunas preguntas, no lo estoy culpando, créame, no es eso, cuando le mencioné lo de la Policía era únicamente para que usted me ayude, póngase en mi zapatos, como entenderá estoy agotando mis posibilidades, ¿Nunca ha perdido a alguien qué significa todo? Responda. *(Suena la contestadora. La voz se va quebrando hasta el final de la llamada).* Me quedé esperando en la cafetería, estuve ahí hasta muy tarde, le pregunto a las personas si lo han visto, si lo reconocen. ¿Por qué se esconde? ¿A qué le tiene miedo? El que nada

debe, nada teme, he ido más de una vez ahí para saber qué ha pasado con usted. ¿Por qué ya no va a ese lugar? Quiero que conteste mis preguntas ¿Por qué iban hasta ahí? ¿Porque hasta ahí?... Sabe, tenía muchas, tiradas por toda la habitación, todas esas facturas...y por cuánto tiempo estuvieron reuniéndose en ese lugar. ¿De qué hablaban tanto? ¿Por qué tomar tanta distancia? Espero responda mis llamadas y finalmente dé la cara. (*Suena el timbre*). Ya han pasado más de tres semanas, sigo a la espera y de la forma más cortés le he dicho que necesito su ayuda, es solo un muchacho, no puede haber tomado sus cosas ese día y largarse de la nada, como si nada, es usted... usted debe saber algo, por todas esas horas juntos, por todo ese tiempo, usted lo conoce mejor que nadie, encontré, sí, encontré en su habitación... (*silencio*), encontré en su habitación un diario, tenía... (*pausa*), algunas páginas arrancadas, pero en una... ¡Leo dibuja! y sus dibujos... no sé porque se calló tanto, tenía en una página la frase... (*pausa*), esta frase: “*En ocasiones las palabras se escurren mejor por las manos*” y tiene abajo unas iniciales, creo que corresponden, a su nombre. ¿Podría hacer el maldito favor de levantar el teléfono y decirme qué le dijo mi hijo los últimos días? Si al menos a usted sí le dio alguna pista de que se iba a marchar y no decir nada. Espero que responda mis mensajes. (*Suena el timbre. La voz del hombre respirando fuertemente*). Ha pasado más de un mes y Leo no se ha comunicado, no ha dicho nada, no tengo noticias y la Policía no logra dar con su paradero, responda a mis mensajes ¡RESPONDA! (*Suena el timbre*). ¡Deje de ser cobarde! ¡Deje de comportarse como un cretino! Han

pasado semanas y sigo sin tener una sola noticia de Leo. Nada ¿usted sabe lo que pudo haber pasado? ¿Tiene al menos una remota idea del peligro...? ¿Tiene alguna idea? Ponga su mano en la conciencia, no tiene idea de la pena que estamos pasando. No duermo, no como, no tengo la mínima sospecha de dónde pueda estar. ¿Qué clase de hombre es usted? Voy a molerle la cara a puño limpio hasta que me diga cada maldita palabra de lo que sabe, hasta que no le quede más remedio que soltarlo todo. ¿Me escuchó? Maldita sea, responda, responda, maldita sea responda. No me voy a morir sin escuchar su voz y que me diga todo, todo lo que sabe, usted lo conoce mejor que nadie.

El escritor detiene la cinta.

El sonido afuera arremete potente, estruendos, algunas velas se han apagado, la cornisa aparece y con ella el gran ventanal, El escritor toma la máquina de escribir y camina hasta sentarse en la cornisa junto al ventanal, observa la ciudad, la misma ciudad que ha visto Diego.

Silencio.

Del ventanal sale Diego, lleva el puño cerrado y no advierte la presencia de El escritor, también observa la ciudad, inquieto ve la calle, la misma calle de siempre.

Gorjeo de pichones de paloma sin parar.

Diego: Lleva dos semanas Lucy, no va a volver. *(Abre el puño y observa el juguete que ocultaba su mano, lo guarda en el bolsillo del pantalón, inquieto, frota sus manos en la cara y el cabello).* Siempre abriendo la boca de más, siempre diciendo lo que no se debe... ¡Cállate! ¡Silencio!... No quiero oír nada, absolutamente nada. *(Se aprieta las orejas con fuerza).* Nadie quiere escuchar

nada, prefieren callarse, prefieren no decirlo, es el precio que tenemos que pagar por hablar, por decir lo que no se tiene que decir, nunca nadie quiere escuchar, nunca nadie quiere decir, el silencio... ¡Cállate! ¡Cállate! Hoy tampoco yo quiero, tampoco hoy voy a decir, tampoco voy a escuchar. ¡Un momento de silencio! No hoy, no por favor, solo un momento... Te suplico que te calles. ¡Lucy calla! ¡Cierren el pico, malditas palomas! ¡Cierren el pico!

El escritor nunca vuelve la mirada a Diego ni este a él. No hay ningún contacto mientras Diego se pasea sobre la cornisa, de un lado al otro del ventanal. El gorjeo de los pichones es cada vez más fuerte, El escritor no para de escribir, ambos murmuran las mismas palabras, mueven sus labios sincronizados, pero solo se escuchan los pájaros, el viento que sopla fuerte abre y cierra el ventanal violentamente. Diego no para de moverse de un lado a otro, se agacha, se levanta, se revuelve la cara, el cabello, sus orejas, el cuerpo, como intentando contenerse. Comienza a lanzar plumas de su boca y se la tapa en un intento por detenerlas hasta perder totalmente el control. Se lanza sobre el nido en el cual está Lucy, de un manotazo lanza la paloma al aire y toma al primer pichón, de los tres pichones desplumados.

Diego: ¡Jamás... (toma el primer pichón, lo lanza desde la cornisa. Este, al impactar contra el piso, se abre dejando al descubierto los intestinos del animal), vas a entender... (lanza el segundo pichón, impacta con el pecho abriéndose y sacando el corazón aún palpitante), lo que siento! (Lanza el tercer pichón. Al caer se le abre el cráneo y salen los sesos del animal).

Diego observa a los pichones colapsados mientras la paloma regresa al nido con un suave gorjeo. Él y El escritor se vuelven a ver al mismo tiempo, El

escritor para de escribir. Silencio. El viento ya no sopla, la ventana se ha cerrado, la paloma vuela dejando el nido vacío. Diego con una mirada impotente observa cómo el escritor está a punto de retomar la escritura. El escritor pone el dedo sobre la tecla, esta suena, Diego dirige la mirada hacia la ciudad y se lanza al vacío.

Diego cae lentamente frente a los ventanales del edificio que poco a poco parecen derretirse y convertirse en una cascada que se precipita a la calle.

Diego: ¿Así que este es el fin?

Diego cae sobre la calle, en una superficie líquida, donde reposa flotando con piernas y brazos extendidos que recuerdan al Hombre de Vitrubio de Leonardo Da Vinci. Flotando también, cerca de su mano derecha, el pichón con el corazón por fuera, a su izquierda el pichón con los sesos al aire y delante de sus piernas, al centro, el pichón con las entrañas descubiertas, forman un triángulo invertido que encierra a Diego mientras se hunde lentamente hasta desaparecer. Una de las maderas de las ventanas sale disparada por la habitación tirando algunas velas. El escritor, volviendo en sí, se levanta de golpe soltando la máquina de escribir que cae sobre sus pies, lastimándole. Lesionado, el escritor camina con ligera dificultad a depositar la máquina al escritorio, busca entre la tenue luz el martillo y clavos. Otra madera se desprende, corrientes fuertes de agua y viento entran al edificio, otros ventanales se quiebran, corrientes fuertes de viento y agua se cuelan entre los vidrios rotos de las ventanas y la madera suelta, apagan velas, mojan y revuelven todo a su paso, las hojas tiradas al piso vuelan por el apartamento por la fuerza del huracán. El escritor, aturdido, va hacia la máquina, suelta la hoja y la guarda en algún bolsillo, corre hasta el teléfono, intenta escuchar algún mensaje de la máquina, pero no logra reproducir nada, toma el teléfono, marca, escucha, cuelga, vuelve a marcar, escucha, cuelga. Se terminan por desprender las últimas maderas que protegían las ventanas, el viento y el agua terminan de entrar con toda

la fuerza revolviendo todo, los muebles, las hojas, la máquina de escribir cae al piso, todo cae, el huracán está adentro, El escritor cuelga bruscamente, y en su intento por escapar es abatido por el agua que corre a sus pies y cae. Oscuridad.

El estruendoso sonido del huracán inunda todo.

Breve silencio.

En la oscuridad se abre una puerta. Todo transcurre bajo el agua, luz tenue refractándose en lo profundo. El escritor entra a una habitación inundada nadando, buscando la superficie, nada y sigue nadando hasta identificar un cuerpo hundiéndose.

A medida que se acerca, descubre que es Diego que se hunde. En la habitación flota otro cuerpo ahogado, es Miranda y con ella otro cuerpo, la Señora Puentes, El Policía, el Niño 2. Los cuerpos rodean a El escritor mientras él sigue nadando con dificultad para salir a flote. Nada en dirección hacia algo que se me mueve, un pequeño cuerpo, se va acercando también, descubre que es Junio, Junio de niño, el único cuerpo con vida. Una vez frente a él, Junio le sonríe.

El escritor intenta decir algunas palabras, no lo consigue, de su boca solo salen burbujas. Junio sonríe, parece no entenderle, pero El escritor no lo sabe con certeza. Junio sigue sonriendo y saluda con su mano, El escritor cree finalmente comprender y se gira, tras él, Diego anciano flotando, ahogándose, intentando respirar. Con mucha dificultad nada hasta llegar hacia ellos. Los cuerpos flotando alrededor comienzan a romperse como el papel húmedo. El escritor trata de tomar la mano de Diego anciano, pero cuando logra tocarla, esta se desprende del cuerpo con la misma fragilidad que los otros cuerpos y se desintegra en la mano de El escritor. Todos los cuerpos comienzan a desintegrarse en pequeñas partículas que flotan en el agua. El escritor busca reconocer lo que resta de esos cuerpos, busca bajo el agua por todos lados, Junio niño ya no está.

El escritor nada entre papeles y cosas de la habitación que flotan alrededor. Frente a él aparecen casetes de grabación de la máquina contestadora, las cintas salen y se extienden dejando atrapado al escritor totalmente enredado entre ellas. A lo lejos observa un cuerpo que sigue nadando, con la esperanza de que sea Junio, lucha por soltarse apartando las cintas de sus pies y manos, con mucha dificultad lo consigue y nada con mucho esfuerzo. Poco a poco se acerca y logra ver la figura que nada, tiene el tamaño de un niño, puede ser Junio. Una fuerte luz viene desde arriba, el niño asciende hasta salir del agua y El escritor lo sigue, al ver hacia la superficie ve su rostro reflejado en el rostro del niño. Su mano vendada asoma sobre el agua, la mano del niño la toma, lo ayuda a subir con cuidado hasta la cornisa frente el ventanal dónde una vez estuvo Diego. El escritor tiembla, escupe agua y mantiene los ojos cerrados. El niño no ha mostrado su rostro, permanece oculto tras una chamarra, la abre lentamente y de ella va apareciendo Lucy. El escritor la escucha, la paloma sale volando dejando algunas plumas y de éstas el niño toma una con su mano. Sus manos lucen más grandes de lo normal. Pone las plumas en las manos de El escritor, del interior del ventanal toma una sábana y cubre a El escritor, protegiéndolo del frío, de pronto, ambos están en medio del oscuro apartamento, solo el ventanal y todos los objetos flotando alrededor.

Silencio.

A lo lejos suena "Adagio" de Bach. El escritor, envuelto y abriendo poco a poco los ojos, advierte que podría ser Junio aún con el rostro tapado. Las manos y ahora también los zapatos del niño son de un tamaño que no corresponden al resto del cuerpo, se despide entrando en el ventanal y desapareciendo con este, la música va envolviendo todo. El escritor, aún cubierto por la sábana y con el cuerpo hecho puño, sostiene las plumas entre sus manos. Una calmada brisa recorre el agua provocando ondas y secando el rostro del escritor. Su mano vendada sangra. Hace algunos ruidos inentendibles, se queja, aprieta fuerte una pluma manchada con sangre. Caen hojas, muchas hojas. Se descubre, toma una de las hojas, en

su mano tiene un lápiz, comienza a rayar con el lápiz cuanta página puede tomar hasta finalmente escribir en una hoja una palabra. La música se detiene, el sol brilla, se escucha el canto de los pájaros. Ahora, las paredes claras y una amplia ventana que da hacia los árboles. Todo aparece con tonos cálidos.

Diego anciano está frente al ventanal de la habitación del asilo. Tiene los puños cerrados al verle recuerda mucho a Diego joven en la cornisa. Se escuchan fuertes golpes intentando abrir el ventanal, Diego anciano se sobresalta, asustado se aleja, el ventanal se abre y entra Diego Joven, se lleva las manos a la cara y atraviesa la habitación con decisión sin percatarse de la presencia del otro, parece que busca a alguien, abre la puerta y se va, azotándola. Diego anciano, apenas asimilando la situación, confuso.

Diego: ¡Inaudito! No puede ser... ¡No puede ser! ¿Cómo alguien puede...? ¿En qué clase de lugar estoy? ¿Qué tiempos son estos? He buscado toda mi vida un lugar dónde estar sin ser molestado, ni en los últimos días puedo encontrar algo de paz. ¿Es que acaso eso existe? (Pausa). Ese hombre... ese hombre... es... ¿Cómo se atreve? ¡Miranda! ¡Miranda! ¡Miranda! (Se dirige a la ventana y la cierra, asegurándose que quede totalmente sellada). Así sin previo aviso ¡Miranda!... ¿Así funciona esto? ¿No hay nadie aquí? ¡Por favor! Un desconocido entra sin previo aviso, así sin siquiera avisar, sin invitación ni anticipación, entrar de esa forma. (Contra la ventana chocan pájaros y la manchan de sangre. Diego no los ve, no los percibe). ¿Es que nadie lo ha visto?... llegar a los espacios personales, invadir, privados, venir quién sabe de dónde y con qué intenciones... íntimos, irrumpir, totalmente inaceptable. ¿Miranda, dónde te has metido? ¡Miranda! Un perfecto desconocido ha entrado por la ventana, ha pisoteado este espacio, ha interrumpido mi paz, la que he buscado tanto

tiempo, atravesándolo en un segundo y, sin decir palabras, se ha marchado. ¿Podría alguien no entrar de forma violenta? Colonizando... ¡Ay mi cabeza!, mi cabeza, ¿existe otra manera?

Cabizbajo, el escritor muerde el lápiz.

Diego: ¡Miranda! ¡Es eso Miranda! ¡Es eso! Toda mi vida ¿Por qué? ¿Aún no lo sé? Quizá necesite de otro libro, es eso Miranda, toda la jodida vida, años y años, así. (*Tocan la puerta, Diego parece no advertir*). Debe existir una razón, siempre hay una. (*Con mayor insistencia tocan la puerta*). Tiene que haber una explicación...

Miranda: ¿Don Diego?

Diego: ¿Cómo no lo pude ver antes? Miranda, mira mis manos...

Miranda: (*Se escucha del otro lado de la puerta tratando de darle vuelta a la perilla*). ¿Don Diego? ¿Está ahí? Necesito decirle algo.

Diego: Me han estado hablando todos estos años.

Miranda: Don Diego, es importante, puede dejarme pasar ¿se encuentra bien?

Diego: Si tan solo... debe haber una razón... ¿Cuánto tiempo me puede llevar?

Miranda: (*Tocando con más insistencia*). ¡Don Diego! Ya deje la broma, abra la puerta. ¿Le ha puesto seguro?

Diego: (*Cierra con fuerza sus puños*). En mis manos siempre estuvo y no me había dado cuenta.

El escritor lleva la mano que sostiene el lápiz sobre la otra que se encuentra vendada.

Miranda: ¿Por qué cierra la puerta?

Diego: Debe haber una razón... siempre hay una razón...

Miranda: *(Se escuchan el sonido de las llaves y cómo entran en la perilla).*

Tengo una razón ¿Seguro que no le ha puesto seguro?

Diego: ... Y no sé si lo pueda soportar.

Miranda abre. Lleva una carta, mira la cara de Diego, se acerca a él, aprieta fuerte sus manos contra las de él y le entrega la carta. Diego, extrañado, va a abrir el sobre, Miranda lo detiene.

Miranda: Me ha dicho la visita que le diga que no puede abrirlo hasta que se vaya.

Diego: ¿Cómo?

Entra Junio, adulto. Diego, incrédulo, lo observa.

Miranda: *(A Diego).* ¿Lo conoce?

Diego: ¡Junio, Junito...!

Miranda: Joven, tiene que esperar afuera, no puede entrar así como si nada ¿Qué cree que es esto? ¿Un cajero? Ahí se espera... ¿Una farmacia? También se hace fila. ¿Un *Night Club*? Que todos entran cuando se les da la gana. No es que yo los conozca, no vaya a pensar eso, Don Diego.

Silencio.

Miranda: *(Observa a Diego).* Bueno... ya que está aquí, pase, espere, espere, quieto. ¿Todo bien Don Diego? No es tarde para decirle que se retire, puede regresar en otro momento, otro día, ¿qué le parece?

Junio: Diego, señorita... Seré breve.

Miranda: *(A Diego).* Ya ve, me dijo señorita.

Diego: #=="#"##"" (hace un gesto). Mirá Junito (saca del bolsillo el juguete y lo muestra), lo conservo ¿recordás cua...

Junio: Junio.

Miranda: Voy a estar cerca Don Diego, si me necesita me llama, con permiso... (Pausa). Junio. (Imitando el tono de Junio).

Diego: (Mientras Miranda sale). Gracias, señorita.

Silencio.

Junio: He venido a matarte...

Diego:

Junio: Es una broma, quitá esa cara. Es muy amable ella, se nota el cariño que te guarda.

Diego:

Junio: ¿Una cuidadora? ¿Es en serio? Podrían haber sido algo más en esta historia. Ella y mi madre.

Diego: No sé qué decir.

Junio: No espero que digás nada.

Diego: ¿Estás molesto? ¿Qué ha pasado durante todo este tiempo?

Junio: No lo tomés personal.

Diego: Han pasado muchos años y he pensado tanto...

Junio: (Interrumpe, hacia la ventana). ¿Para evitar que entre la luz?

Diego: ¿Cómo?

Junio: La arquitectura...

Diego: ¿Lo recordás? Vos lo has dicho, decía muchas cosas, Junio. Ahora sé, sé que estaba muy equivocado, que hay cosas que no había visto, cosas que no había vivido, cosas que no viviré, pero vos, vos tenés todo un camino por delante. ¿Qué te ha pasado ahí?

Junio: Un accidente, nada importante, esas cosas que pasan cuando uno crece.

Diego: Debés cuidarte, ya sabés, el tiempo vuela...

Junio: El tiempo es un pájaro que se estrella, un pájaro sin cabeza.

Diego:

Junio: Te estarás preguntando a qué he venido.

Diego: Tengo muchas preguntas... Ya sabés, cuando me emociono me pongo muy hablador y digo muc...

Junio: Escuchá.

Diego: ¿Qué?

Junio: Shh, Shh.

Diego: ¿Qué pasa?

Ambos frente a la ventana llena de sangre, a la par el uno del otro.

Junio: Eso Diego, algo pasa, los pájaros están inquietos.

Diego: Me asustás.

Junio: ¿A tu edad todavía existe algo a lo que se pueda temer?

Diego:

Junio: Ese día me marché lejos, caminé, caminé sin rumbo, sin miedo, tenía los ojos llenos de lágrimas y la ciudad no parecía tan grande.

Diego: Junio, yo...

Junio: Te gustaba mucho la ciudad, ¿no? Curioso que ahora estés acá, tan alejado de las calles, los edificios, el ruido.

Diego: Algunas cosas pierden el encanto con los años... Tengo que disculparme, a veces es difícil ver con claridad, dejar de querer tener la razón, esta tarde he tenido una revelación... estaba justo aquí y de repente...

Junio: Hay que limpiar ese ventanal, la cantidad de cosas que te has de perder, sin poder observar.

Diego:

Junio: No pude regresar con mamá, ya no podía volver atrás...

Diego: ¿Te perdiste?

Junio: Son monstruos Diego, en efecto los adultos son monstruos, así que tenía que irme lejos o me convertiría en uno de ellos. Hay algo que yo no te pude decir esa tarde, por eso he venido.... De niño hay tantas cosas por decir, yo estaba convencido... tenía la certeza que yo no era un monstruo y que nunca me iba a convertir en uno.

Diego se lleva las manos a la cara y se sienta en el borde de la cama, repentinamente debilitado. Junio se encuentra de pie frente a él.

Diego: Las palabras Junio, las palabras, pueden pasar muchos años y no sabemos utilizarlas.

Junio: No detuve los pasos al andar, no hay que parar me decía, no hay que parar. Caminé días enteros, ciudades y cerros, ni hambre, ni miedo, dormía, pero tenía el ojo abierto, se hicieron amigos míos el rocío y el viento... Todas esas tardes, cuando hablabas y hablabas, yo te miraba, yo te admiraba... algunas cosas pierden el encanto con los años. *(Pausa)*. Parabas de jugar y extendías tu mano y yo observaba como sostenías los juguetes en el puño mientras señalabas, fruncías el ceño y te quejabas y te quejabas. Debe ser difícil ser adulto, pensaba. Cuando tu mirada estaba en los edificios al frente, yo no necesitaba verlos, te observaba y me bastaba para imaginarlos, la precisión en la descripción de cada ventana, la forma, el color... barroco, deco, moderno y no sé cuántas cosas más. Y aprendí. Comencé a ver la ciudad con otros ojos, a caminar con la mirada hacia arriba, a preguntarme ¿por qué lucían tan tristes las calles y las casas de mi barrio? ¿Por qué Diego, si tiene tanto espacio en su apartamento, se la pasa sentado en la ventana? ¿Por qué? Fui notando que los grandes edificios camino a casa se iban convirtiendo en pequeñas casas, billares, burdeles, comedores, borrachos en las

aceras y escombros por un lado y por otro. Llegaba a casa, miraba a mi madre triste y preocupada, día tras día tan preocupada que cuando salíamos juntos, no miraba, estaba quizás tan acostumbrada... ahí en ese hueco, le decía, haré aparecer una gran piscina, y ahí, en esa casa abandonada, un rascacielos con balcones y ascensores, y mi madre, parecía que no escuchaba. ¿Por qué Diego puede pasar viendo edificios toda la tarde y mi madre no?

Diego: El mundo es como es Junio, aprendés a aceptarlo tarde o temprano.

Junio: Lo importante es jugar, no se puede entender la vida solo observándola.

Silencio.

Junio: El punto Diego, es que si había algo en común entre mi madre y vos, es que siempre miraban hacia otro lado.

Diego:

Junio: Me alejé, de la ciudad y sus acertijos, bosques, playas, montañas, caminé y caminé, y vi tantas cosas y viví tantas cosas, escuchaba tanto, me perseguían las voces y me decían, vuelve Junio, vuelve, dudé tantas veces, dudé y aún con dudas seguí caminando. Escuchaba sus voces en el eco de las cuevas, en el viento antes de la lluvia, en la corriente del río, estando en el desierto. Escuché sus voces diciendo que volviera, hasta llegué a taparme los oídos para no escucharles más, y en silencio, me preguntaba ¿debo regresar? Finalmente lo escuché, lo escuché con claridad, dentro de mí, algo me dijo, no... Así que continúe hasta que fuera el momento. Un día me dijiste, tus palabras fueron "*Observar, observar es un privilegio*" pero escuchar, escuchar Diego, es un don. Yo te miraba y también te escuchaba.

Diego:

Junio saca de un bolsillo un mazo de cartas y comienza a barajarlas, Diego observa.

Diego: (Sonríe). ¡Un truco!

Junio: Es magia, tomá una y observala.

Diego, aún sentado, toma una carta del mazo que Junio ha extendido hacia él. Diego la observa con dificultad, de su bolsillo saca unos anteojos y se los pone. Junio, mientras tanto, ha estado viendo la ventana para que Diego tenga la seguridad que no está haciendo trampa.

Diego: Ya con la edad, está bien, ya.

Junio: ¿La has visto bien?

Diego: Me cuesta, pero no estoy ciego. (Sonríen).

Junio: Aquí.

Diego coloca la carta en alguna parte del mazo, Junio baraja.

Diego: Miranda, me dio esta carta...

Junio: ¡Luego! Cuando me haya ido.

Silencio.

Junio: Veamos, siento, siento que es, es esta.

Junio saca una carta y se la muestra a Diego. Al verla detenidamente, Diego se da cuenta que no es la carta que había seleccionado.

Diego: ¡Bravo Junio! Ha sido... es un buen truco. (Aplaude).

Junio: ¡Es Magia! Te dije que me iba a convertir en mago. (*Guarda la carta y saca otra que muestra a Diego, él la observa cuidadosamente hasta el asombro y luego vuelve la mirada a Junio*).

Junio: Seguíis siendo un mentiroso, al parecer es un mal que no se quita con los años. Es esta Diego, es esta la carta, observala bien. (*Diego mira la carta*). Observala fijamente, observala, estás viendo la carta, ahora estoy y ahora no.

La carta cae al piso.

Diego: (*Inmóvil*)... ¡Junio! ¡Junio! ¡Junio!

Rápidamente entra Miranda, ve a Diego en la cama, pasmado y luego ve horrorizada las ventanas manchadas con sangre.

Miranda: ¿El muchacho?

Diego:

Miranda corre hacia las ventanas y se da cuenta que están totalmente cerradas. Se vuelve hacia Diego y revisa todo el lugar con la mirada.

Diego: Miranda, Junio, es un...

Miranda: ¡Un fantasma!

Diego: Junio es un mago Miranda, ¡Es un mago! (*Celebra*).

Miranda: ¿Don Diego? ¿Pero cómo? Yo he estado pendiente de la puerta y yo...

Diego: Decime Diego, Miranda. ¡Es un mago!

Miranda: ¿Y la carta?

Diego: En el piso.

Miranda: La carta que él me dio para...

Diego: ¡La carta! Vení, vení, Miranda, sentate conmigo, sentate por favor.

Miranda atiende con curiosidad. Diego saca el juguete y lo observa cuidadosamente.

Diego: Así me miraba Junio.

Miranda: ¡La carta, Diego! Digo, Don Diego.

Diego: La carta, sí, la carta.

Diego abre cuidadosamente la carta, la leen. El escritor se levanta de golpe, la página de papel se ha roto por la mitad. Miranda y Diego se rompen también por la mitad y con ellos toda la habitación, desaparecen. El escritor guarda el papel, un breve silencio, la luz se ha colado por las ventanas del apartamento, todas totalmente abiertas, iluminando todo, el sol sale entre las nubes, todo adentro es un desastre. El escritor guarda el papel y el lápiz. El teléfono aún sobre la mesa, lo único intacto en todo el lugar, suena, El escritor parece ausente, aún no se ha movido cuando el teléfono suena nuevamente, como despertando camina con dificultad por la habitación, abriéndose paso entre las cosas que flotan sobre suelo aún inundado. El teléfono suena una última vez, la máquina contestadora ha caído dentro del agua, a sus pies algunos casetes flotando. Toma uno de ellos, es el casete que contiene las llamadas del Hombre con un puño de fuego en la garganta, está completamente estropeado, lo deja caer.

El escritor se percata de un pequeño bote de vidrio que ha permanecido cerca del teléfono, lo observa, se acerca y lo toma descubriendo en él una pequeña planta que ha nacido. El teléfono suena, el timbre se apodera del lugar llenándolo, invadiéndolo una última vez, El escritor levanta la bocina y sin siquiera acercarla a su cara o escuchar algo, cuelga.

Respira profundamente, respira aliviado, se peina los mechones de su cara y por primera vez vemos completamente su rostro, escurre el agua de su ropa, observa muy fijamente al teléfono, pasa sus manos sobre este. Pareciera que lo acaricia, luego lo toma y lo sumerge en el agua que inunda

el apartamento. El teléfono se hunde lentamente desapareciendo en la profundidad.

La luz, mucho más brillante, ilumina completamente la habitación. El escritor camina hacia las ventanas y queda frente a ellas, recordando a Diego frente al ventanal. De pie, contempla la gran ciudad devastada afuera. Inaudibles, ambulancias y rescatistas. El escritor, en un silencio armonioso, con la mirada fija, abre sus ojos ante lo que observa cómo quién descubre algo o lo ve por vez primera. Busca en sus bolsillos, sin perder de vista su objetivo, el papel desgastado y el lápiz, al encontrarlos, sin dejar de observar escribe:

“El pueblo se levanta”.

Los Del Quinto Piso

15 años de Teatro

Publicación al cuidado de Jorgelina Cerritos y Víctor Candray
Revisión de texto: Nancy Vásquez

El Salvador 27 de marzo 2024